

Liliana Blum

Cara de Liebre



Medianoche. En el interior de un bar, una mujer está de cacería mientras un grupo toca en el escenario. La atmósfera oscura es la adecuada para ocultar la cicatriz en su rostro, que desde niña la ha hecho verse a sí misma como un monstruo y merecedora del cruel apodo de Cara de Liebre. Su aire desinhibido y su cuerpo exuberante logran llamar la atención del cantante. Es el elegido. Después de una breve charla, ella lo invita a su casa. Es curioso –piensa– que el narcisismo del hombre le haga creer que la iniciativa es suya, cuando no sabe lo que le espera...

Combinando magistralmente el humor negro de Almodóvar en *Átame* y la violencia cotidiana de *Misery* de Stephen King, *Cara de liebre* es un relato de una venganza: la de una mujer que, harta de ser juzgada por los demás, se rebela contra la cosificación. Liliana Blum, una de las narradoras más interesantes del panorama literario mexicano, aborda en esta novela los problemas del acoso, las relaciones destructivas y, en particular, la deshumanización implícita en la manera como observamos al otro y lo reducimos a sus defectos.

Índice de contenido

Cubierta

Cara de Liebre

Narcisismo de sábado por la noche

Bugati verde

Un mundo de zorros

Niño Nicolás

Un ligero pero drástico cambio de planes

El botín de las urracas

La suerte de la fea

Mr. Poirot gorila

Prunus persica

Una vaca hacia el abismo

Infancia no es destino

Pintar de memoria

Censura con jerga

Nostalgia de la nicotina

Huecos de paloma

Una aguja en la vena de la señorita

Rock me, Amadeus

Aló, Hawái

Galleta de la fortuna

El confort del pay

Un roto para un descosido

El gigoló de las feromonas

Rompecabezas

La expiación del monstruo

Un novio dócil y efímero

Educación inclusiva

Los pasos perdidos

Casa sombría

Tierra, humo, polvo, sombra, nada

El bostezo de las tortugas

Una sangría para recordar

Peces rojos

Compulsión

Paseo en bicicleta

Espía en el alféizar

Durazno gigante

Chop chop

Acantilado sin coyote

Todo Narciso termina por morir

Afuera, adentro

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para Ma. Teresa B., Luis Eduardo M.
y Frida M., siempre.*

But ugliness in a man doesn't matter, much. Ugliness in a woman is her life.

Joyce Carol Oates, *Faithless*

Me asombro ahora, ante lo que yace, de lo simple que es trancar una existencia.

Todo parece natural: lo que se movía dejó de moverse.

Alejo Carpentier, *Guerra del tiempo*

For nothing is as flawless as a corpse, and it becomes more and more so as time passes, until the final purity of this large ivory doll with its mute smile and its perpetually spread legs that is in each one of us.

Gabrielle Wittkop, *The Necrophiliac*

Me aterro, al oírme, de lo difícil que es volver a ser hombre cuando se ha dejado de ser hombre.

Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*

Narcisismo de sábado por la noche

Deshumanizar a un ser humano es muy sencillo. Nadie lo sabe mejor que yo. Solo hace falta concentrarse en el exterior del cuerpo, en la cobertura, la piel y el cabello, en los ojos vidriosos metidos en los huecos de las órbitas y en los apéndices de las orejas, que parecen un par de moluscos.

En el espejo rectangular detrás del barman no luzco monstruosa; es más, se podría decir que soy una mujer común y corriente que busca pasarla bien esta noche. Sonrío con la broma privada que solo yo y nadie más podría entender. Porque hoy no puede ser una noche de llevarme a cualquiera a la cama ni tampoco puedo contentarme con una mera conversación, alcohol de por medio, y regresar sola a casa a ver una película romántica. Hoy no. Levanto mi vaso, brindo con el vocalista del grupo que toca hoy y le doy un trago largo a la bebida preparada. Me ignora. Muy bien. Vuelvo a mirar mi reflejo. Ensayo una sonrisa. Parezco inofensiva. La cicatriz es invisible desde aquí y mi cuerpo exuberante se ve casi perfecto en este vestido que se ciñe como una segunda piel. *Este que ves, engaño colorido...* Luces rojas y penumbra: los mejores aliados de las mujeres que se precipitan a golpes y volteretas por el desfiladero de la vejez, o de las que tienen la cara marcada por los malos genes. La cirugía plástica, ni siquiera a manos de los mejores especialistas del mundo, pasa inadvertida; implantes mamarios, narices respinga-

das, glúteos aumentados por métodos artificiales, nada puede emular la belleza y armonía de lo natural. Ni siquiera las operaciones correctivas, como la mía. Siempre queda algo, un vestigio, una marca que traiciona, que suele ser a veces más bochornoso incluso que el defecto en sí, real o aparente, que llevó a alguien a tenderse sobre la plancha y bajo el bisturí de un cirujano: el asumir que hay algo mal con uno mismo y el intento fallido de remediarlo.

Salud, vuelvo a levantar mi vaso cuando el vocalista de la banda Nick y los Brainfreeze hace un ligero contacto visual conmigo. Esta vez me dedica una sonrisa. Leve, muy leve; allí está. Me ha visto. Declaro inaugurada la temporada de caza. ¿Cuándo fue el último? Hace un año, al menos. Para estar segura tendría que revisar mi agenda, pero podría apostar que fue también en marzo. Nunca he tenido una ballena blanca y no siempre hay tantos peces en el mar como para ponerse quisquillosa, pero ese vocalista rubio y con obesidad declarada parece ser la presa más cotizada de la noche. Tan solo por contraste con los parroquianos de este antro.

Llevo tres bebidas y dos horas en La Cebolla de Cristal. Conozco mis límites con el alcohol: a este ritmo no luzco sospechosa y estoy en mis sentidos. Me aseguro de parecer alegre, un poco ebria y desinhibida, pero estoy alerta. La escena varía muy poco cada fin de semana. Lo único que cambia son los grupos que tocan en vivo; el de esta noche apesta de manera particular. El público, aunque se compone de personas distintas, termina siendo idéntico al de la semana anterior y lo será al de la siguiente. Los he estado estudiando desde hace tiempo. Las parejas, por supuesto, no me interesan en absoluto y apenas las miro. Las mujeres solas me atañen únicamente en el sentido de que son competencia: si hay más de tres demasiado guapas, bien puedo pasar a retirarme temprano. Los hombres sin pareja han sido el objeto de mi interés desde hace años: están los que llegan a tomarse algo, patrullan el lu-

gar en busca de una presa y al poco se van, sin importar si tienen éxito o no. No les gusta perder el tiempo. Jamás hay que ir tras un hombre que de manera activa busca a una mujer en un bar. Es un depredador. Ahora bien, los solitarios que llegan sin esperanza alguna de salir en compañía de una mujer son los que tienen mi atención. Suelen ser los recién divorciados, los que se tropiezan con su propia autoestima y que ni en sus sueños más locos se hubieran creído que una mujer tomaría la iniciativa con ellos.

El grupo anuncia un receso y el vocalista se dirige a la barra. Tiene piernas de palito enfundadas en pantalones de piel negra y una barriga de embarazada, que intenta disimular bajo una playera negra y chamarra de camuflaje militar. No creía que fuera posible; es incluso más bajo que yo, a pesar de los tacones altos de las botas que trae. Orbita hacia el único banco libre: junto a mí. Antes de que logre acomodarse y pedir una cerveza, percibo el hedor a pies en material sintético, que es el equivalente a una patada en la pantorrilla. Solo por esto debería hacerlo sufrir un poco. Qué afrenta. ¿Es que no se da cuenta? Tiene el rostro encendido por cantar durante todo este tiempo, una barba de esas que bajan hasta la clavícula y hacen el favor de cubrir la papada, arrugas de hombre blanco que no conoce el protector solar y unos ojos azules que se llevan las palmas. Tan bellos son esos ojos que casi podría pasar por alto que sean un poco saltones u obviar el amplio y bulboso espacio de su frente, que le da un aire de perro chihuahuero.

–Estuviste maravilloso –le digo cuando se vuelve hacia mí. Aunque este hombre no entra en el perfil de mis intereses, cuando veo brillar sus ojos tras escuchar mi cumplido, sé que es un narcisista irredento, y ¿no nos enseñaron los griegos que el *hubris* es la perdición de los héroes?—. Me dijeron que tu grupo era muy bueno, pero no pensé que sonara tan genial.

–¿Ah, sí? –Sonríe como si le acariciara los testículos. Tiene los dientes chuecos y el colmillo izquierdo más grande: un vampiro a medias.

Yo asiento con una sonrisa y le pregunto si puedo invitarle la siguiente cerveza. Él acepta y, antes de que me pregunte mi nombre, ya me está contando de la película sobre su vida que piensa hacer.

–Yo voy a escribir el guion y a dirigirla –dice, terminándose la cerveza–. También actuaré.

–Me encantaría verla. Estoy segura de que sería todo un éxito, como la de *The Doors*.

–Lo único que no sé es si poner a mi hija haciéndola de mí en las partes de la infancia, o bien, contratar a un niño actor.

Se acaricia la barbilla como si fuera un problema real y se empina la botella vacía. Hace una cara de sorpresa cuando no cae ninguna gota en su garganta y se vuelve hacia mí. Yo le hago un gesto al barman y una cerveza helada se materializa casi de inmediato frente a este tipo que, al parecer, no tiene ningún problema con que una mujer pague lo que él se bebe. Ni siquiera dice «gracias». Me queda claro que se mueve por la vida asumiendo que se merece todo solo porque tiene unas partículas de fama y los ojos azules. Por eso cree que no debe agradecer unas cervezas ni lavarse los pies.

–Entonces, ¿eres casado?

–No, no, para nada. Soy un espíritu libre. –Se quita una gorra que parece casco de la Segunda Guerra Mundial y se rasca la mollera. Su frente comienza justo allí, en el cenit del cráneo. Hacia atrás, solo un cabello largo, ralo y maltratado–. La última vez que me acosté con la mamá de mi hija fue cuando la concebimos.

–Salud por eso –digo y pido otra bebida para mí, mientras él apura su última cerveza para sumarse al pedido.

–Yo voy más por las relaciones abiertas y poliamorosas. No creo en la propiedad privada.

Sobre todo, cuando se trata de que otros paguen, pienso. El descuido de su barba se extiende hasta su bigote, que cubre gran parte del labio. Tendré que arreglar esos detalles. En este instante tengo plena conciencia de que lo he elegido a él. No solo por sus ojos hermosos, su cuerpo deforme o su narcisismo desbocado: algo susurra en mi interior que no hay nada casual en este encuentro.

–¿Te llamas Nick o solo es el nombre de tu banda?

–Nicolás, pero yo soy mi personaje, así que puedes llamarme Nick –contesta sin mirarme–. De hecho, no respondo a ninguna palabra que no sea Nick.

–Bien, Nick será –digo y pido la cuenta. Esta es su oportunidad para demostrar que es un caballero, pero, por supuesto, como le corresponde al patán promedio de botas hediondas, hace como que alguien le llama, se levanta y se aleja. Ninguna sorpresa.

Yo, que estaba a punto de pedirle que fuéramos a mi casa, lo veo escaparse y ni siquiera siento decepción. No es la primera vez ni será la última. Es curioso; él cree que se aprovechó de mí sacándome unas cervezas gratis, pero no tiene idea de que acaba de salvar su vida por ser un pelafustán de cartera miserable.

Me dirijo a la salida esquivando los cuerpos que se rozan contra el mío. Afuera, en el aire fresco de la madrugada, caigo en cuenta de lo viciado que estaba el ambiente en La Cebolla de Cristal. Estiro mi vestido hacia abajo, enderezo la espalda y me acomodo el bolso antes de caminar hasta mi carro. Allí está. La iniciativa es suya y de nadie más; con una desfachatez casi digna de admirarse, el tipo me sugiere ir a mi casa para seguir platicando. No sé si afuera del bar y bajo la luz de la farola, mi cicatriz sea evidente; sin embargo, parece que no le importa. Enciendo el motor y comienza su verborrea. A algunos hombres hay que halagarlos para que se sientan en libertad de hablar,

o bien, provocar una conversación a fuerza de preguntas dirigidas. No es el caso aquí. Mi problema, en todo caso, sería poder detener el flujo de sus palabras para insertar algo en ese monólogo interminable sobre su niñez y cómo piensa retratarla en su película.

Tampoco es que me moleste. La gente que habla mucho suele pensar poco. Es una desventaja evolutiva, supongo. Por más que su blah blah intente hacer pasar a Nick por un pobre niño que sufrió a manos de su opulento padre que lo sigue manteniendo, sin entender su alma de artista, no puedo verlo ya como a una persona. Para empezar, es patético escuchar a un hombre adulto victimizarse por una vida de privilegios. Como dije, no es complicado deshumanizar a alguien. Si solo miras el exterior, te das cuenta de que es pura maquinaria, no más que un conglomerado de tendones y cartílago y huesos que mueven pedazos de carne, mientras responden las órdenes de una red neuronal demasiado ambiciosa. Cuando lo ves así, es fácil descartar a la persona debajo de todo aquello. Incluso a alguien que fue niño alguna vez.

Bugati verde

PISCIS: Tendrás una epifanía. Cuidado con los acuario y los cáncer. Evita a las personas conflictivas y enfócate en lo importante. No olvides el paraguas en casa ni tomes ninguna decisión mientras la luna esté menguante. Ánimo. No hay mal que por bien no venga.

Mientras la cita de las once de la mañana, una joven mujer con síndrome de Down, se resiste con uñas y dientes a que su madre la desnude para ponerle un kimono que apenas alcanza a cubrirla, en el baño para empleados, Tamara se debate entre el suicidio o recuperar a Nicolás. No sabría cómo hacer ni lo primero ni lo segundo, pero lo único que entiende es que no puede seguir así. El miedo y la indecisión la han paralizado y ella tiene un reloj de tiempo en el vientre. Respira hondo, cierra los ojos y vuelve a abrirlos con la esperanza de que algo, lo que sea, haya cambiado a su alrededor. Pero el mundo permanece tal cual. Intenta arreglarse el maquillaje frente al espejo y reacomodar su cabello. Jala hacia abajo la batita blanca que la hace ver como una enfermera y comprueba que todavía no se le nota. Sabe que no seguirá así por mucho tiempo. Una serie de golpes impacientes sobre la puerta la sobresaltan. Maldice en tono bajo y ensaya una sonrisa antes de salir.

—Un segundo, por favor.

Tamara abre la puerta. Ximena, la que hace las uñas, le dedica una mirada hostil antes de entrar empujándola con el hombro. El olor de los distintos aceites y velas aromáticas del spa le provoca arcadas; necesita regresar al baño, pero su compañera ya se ha atrincherado con un portazo. Tamara corre hacia el clóset de los implementos de limpieza y vomita sobre la pileta. Está empapada en sudor, jadea. Se enjuaga la boca y se moja un poco la cara. Va a ser un largo día, piensa, mientras se dirige a la habitación donde no hace más que depilar con cera desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, con una hora para comer. Ojalá que su aliento no apeste a vómito.

Aquel cuarto color pistache no solo es su lugar de trabajo, sino el único sitio con cierta privacidad, al menos cuando no hay nadie agendado, lo cual es raro. Sobre la pared, una reproducción de Tamara de Lempicka, su pintora favorita. Autorretrato en un Bugatti verde, hecho para la portada de la revista de modas alemana *Die Dame* como una manera de celebrar la independencia de las mujeres, un ejemplo perfecto del art déco. La imagen se volvió popular por haber sido la portada de la novela de Ayn Rand, *El manantial*. Tamara nunca la leyó, pero la tiene sobre su buró para permitirse mirar la pintura cada noche antes de dormir.

—Ya nos íbamos a ir —dice la señora Hilda, con los brazos cruzados y su boca de sonrisa invertida. Como la mayoría de sus clientas, asume que Tamara es una muerta de hambre que tiene que soportar cualquier humillación porque necesita el dinero—. La próxima vez voy a tener que hablar con la dueña.

Ella se concentra en el cuadro de Lempicka, en la seductora iluminación caravagiesca y en el balance perfecto entre delicadeza y fuerza de la imagen, la clásica *femme fatale* de los años veinte. Cierra los ojos por un par de segundos mientras respira profundamente. Calma. Sí necesita el trabajo.